

El paraíso más alto

Desplazados de la sierra por el terrorismo, madres solteras que abrigaron con fe un futuro diferente para sus hijos, capitalinos que subieron a los cerros para no sufrir como amotinados en un callejón; poblaron una de las zonas más ásperas de Lima hace diez años en el distrito de Villa María del Triunfo. Asesoradas por una socióloga, las mujeres de la segunda etapa de este asentamiento humano anhelan repetir el éxito de otras experiencias comunitarias, como lo han sido los comedores populares. Su testimonio es un coro de voces que reclama la dignidad que toda vida merece.

SERGIO GALARZA*

Podría llamarlo «El lugar donde el Diablo perdió el poncho», pero diré sin ánimo de ofensa que es «El lugar donde Dios tiró el desmonte de la creación». Llegar hasta allí es una excursión sin divertimentos por un camino tan enredado que resultaría inútil dar señas a los extraños. En la loma de un cerro, desprovistos de los servicios básicos y sin otra herramienta que no fueran sus manos, mujeres y hombres fundaron a comienzos de los noventa otro pueblo más de esteras, que la ironía de su imaginario popular bautizó como «Paraíso Alto».

Ni en esos decadentes libros de autoayuda alguien podría toparse con semejante paradoja. ¿Dónde queda ese otro lugar de condenados entonces?, se pregunta uno al visitar Paraíso. Como en todo asentamiento de Villa María, la comitiva de recepción es una jauría famélica que solo retrocede ante las órdenes de su dueña, quien sale a recibirnos. Doy gracias de que a pesar de ser invierno el sol esté presente esta tarde. La humedad mata de verdad por estos cerros, como me confirmarán más tarde los testimonios de varias madres y el ronquido pectoral de sus hijos.

—Ese es el taller del que te hablé. Se llama Rurapuk (El que hace algo por otro, en quechua) —me dice Sandra Huatay, la socióloga y defensora de los niños (nunca un cargo sonó tan noble) que colabora con los pobladores prestando su experiencia

en organizaciones vecinales. Y señala con el brazo derecho una casa de triplay mientras esquivamos las gracias que los perros riegan por doquier.

Susana Ysla es testigo de la fundación de Paraíso Alto. Cuenta que cinco jóvenes solteros subieron al cerro el año 93, y ubicaron sus iglús de esteras en las partes menos rocosas; luego llegaron otros pobladores en grupos de 15 a 30 personas. A la señora Susana un vecino de la parte baja de Paraíso, donde vivía, le avisó que estaban tomando terrenos. Ella consultó con los primeros dirigentes, quienes le pidieron sus antecedentes penales como requisito para permitirle tomar un pedazo de cerro. Más que una invasión, poblar los cerros supone un desafío a la naturaleza y a la propia tolerancia.

—Luz no había, agua no había. Nada había, pero así empezamos.

Las compañeras del taller, que además sirve como comedor infantil, asienten. Este mediodía han venido todas las madres de familia que participan de Rurapuk, una iniciativa comunal que emplea a las interesadas en aprender artes manuales, como el tejido de títeres para dedo, negocio que es la principal fuente de ingresos en este momento. En la actualidad son diez las señoras que tejen por turnos durante la mañana y la tarde. Rosa Puente es una de las más comprometidas con el taller. A sus 55 años y con siete hijos, de los cuales seis ya no viven con ella, asiste a diario, porque el trabajo es parte de su terapia contra la microporosis que le ha deformado las manos y los pies, a tal grado que le cuesta realizar tareas que antes no le demandaban mayor esfuerzo. «A veces pensaba en desaparecer pero el trabajo en Rurapuk me ha dado valor para seguir; eso y el saber que ninguno de mis hijos es vicioso», me comenta la señora Rosa sin dejar de tejer.

Las manos expertas de Brígida Huamán, joven de 28 años y una tragedia por pasado, la delatan como la encargada de impartir las clases de tejido a quienes se animen a formar parte de Rurapuk. Didi, la señorita que les compra los títeres para luego exportarlos, le pidió que colabore brindando dichas clases; Didi es además quien consigue el apoyo de la asociación AMURT.

Brígida está empeñada en que su destreza la ayudará a formar su taller particular, para que sus hijos no sean

protagonistas de ni uno de los capítulos que ella soportó. Al abandonarla sus padres en Ayacucho cuando era una recién nacida, una de las abuelas la recogió, pero tras la muerte de esta tuvo que irse a vivir con una tía, que al casarse ya no pudo tenerla. Entonces le tocó el turno a la madrina, quien la explotaba aprovechando que era quechuahablante y no tenía a ningún otro familiar. La hacía trabajar en su molino de seis de la tarde a tres de la mañana, permitiéndole dormir apenas tres horas al término de su jornada, porque debía levantarse a preparar el desayuno y continuar con los quehaceres de la casa. A los 14 se escapó en busca de sus padres. Cuando les tocó la puerta, estos la echaron con piedras, así que el cuñado de su mamá la refugió, ofreciéndole su apellido para que no fuera una indocumentada más adelante. Creía haber encontrado un protector, pero vinieron los terroristas y lo mataron, asesinando cualquier ilusión familiar. Sin nada que perder, Brígida viajó a Lima y entró a trabajar a una casa como empleada. Lo que siguió en su vida es la biografía en común que comparten todas las familias de este cerro: pura lucha, desgracias y esperanza.

Paraíso Alto cuenta con 402 lotes, algunos sin ocupar, lo que supone que sus propietarios los perderán, porque es obligatorio vivir en ellos para reclamar la propiedad. La mayoría de las parejas tiene entre 4 y 9 hijos. El promedio de edad de los niños es 11 años, es decir, son ese futuro nacional que pregonaba un eslogan gobiernista. Entre los adolescentes no hay problemas de pandillaje ni drogas, pero los cerros no les permiten ver un horizonte distinto al presente de sus padres. Para llegar al colegio, uno de los tantos que construyó el gobierno de Fujimori y que aún no ha colapsado, hay que caminar un cerro de distancia.

También para los adultos es un viaje eterno el trasladarse hasta sus trabajos. El 90% de los varones son albañiles, mecánicos o gasfiteros, lo que se traduce en la imposibilidad de prever un mañana porque «a veces son meses los que están sin trabajo», se queja una vecina. Para las mujeres, en cambio, existe la interrogante de no saber cuándo serán subempleadas. No todas tienen ese pequeño negocio en el mercado, en la puerta de sus casas o lavan, limpian y cocinan para familias de barrios pudientes. Las señoras reconocen que cuando se acerca una elección municipal o presidencial, candidatos de diversas tendencias recorren estos lares para derramar promesas que los pobladores olvidan antes que ellos, porque ya saben de la

fragilidad de sus palabras. En el abecedario social, Paraíso es una letra ilegible.

Demoliendo rocas los domingos de tareas comunales, así es como este asentamiento comenzó a surgir. No tenían agua y el camión cisterna no podía subir; el camino era tan estrecho que apenas permitía el paso de una bicicleta. El manantial que está en la cima resultó ser una solución parcial porque cuando vinieron unos técnicos les informaron que el agua de ninguna manera era apta para el consumo. Así que palas a la obra, abrieron un camino para que el camión cisterna pudiera pasar, y por donde ahora llega también una línea de combis, aunque solo hasta determinada altura. Lo que han conseguido los vecinos de Paraíso Alto se lo deben al empuje que suele nacer ante las circunstancias más adversas, sobre todo cuando los pobladores no poseen la paciencia burócrata de las autoridades que deberían asistirlos.

—No sé qué es lo que tengo desde hace ocho años, cuando se me empezó a caer el cabello y estuve en tratamiento en una clínica de madres. Dijeron que no era nada. Sin embargo han pasado los años y sigo igual. Miro hacia adelante y para no sentirme mal trato de no acomplejarme, pero hay días en los que me siento inferior a todos.

Sufrir no es sufrir para los pobladores de este lugar, sino una condición natural. Como en el testimonio escrito sin disfraces que me entrega la señora Gladys, y a través de las palabras que pude intercambiar con el resto, uno detecta esa aceptación de la tragedia como eje de sus vidas.

—Mi vida no ha sido tan alegre. Mi esposo se ausentaba hasta tres días cuando estaba embarazada por cuarta vez; ahí me enteré que tenía otra y que todos en su familia lo sabían. Cuando ya no pude aguantar esa situación me vine aquí.

¿A quién otorgarle el premio por la historia más triste? ¿Son acaso la pobreza y la desdicha las dos exigencias para habitar el Paraíso? Mientras la señora Beatriz empieza con su historia, me parece estar escuchando un coro de voces y no solo a una mujer con siete hijos y mil dudas cada noche. Están sus vecinas, nacidas en Huánuco y Ayacucho la mayoría, mujeres que detrás de ese rostro opaco mantienen un anhelo, el único que sirve de apoyo para su persistencia: darle a sus hijos la posibilidad de estudiar.

Como Iris, la menor de las presentes, que no piensa tener más hijos porque «uno es suficiente».

—Yo no tengo trabajo y mi pareja hace lo que puede, pero sé que mi hijo va a ser mejor que nosotros yendo al colegio.

Lo admirable pero triste en estas mujeres no es la esperanza que las mantiene, sino la renuncia que han hecho a cualquier beneficio para ellas, más aún en el caso de las que tienen hijos en edad escolar. Es como si una ley salvaje de sobrevivencia se hubiera instaurado en Paraíso.

Anoche llamé a Sandra Huatay porque necesitaba actualizar datos de esta crónica. Ella vive hace más de veinte años en Villa María del Triunfo, en la zona de José Carlos Mariátegui, donde las calles son asfaltadas, hay agua y luz, pero los perros no pierden la costumbre de recibir a los forasteros. Me dio dos noticias, una injusta y otra fatal: i) el párroco de la zona los había puesto en apuros pidiéndoles que desalojaran el terreno donde funcionaba Rurapuk porque pertenecía a su Orden y al parecer no deseaba ayudar más a personas de otro credo, pero felizmente Didi consiguió otro local; ii) Susana Ysla ha muerto; ella tenía cáncer. En su testimonio relataba el duro proceso por el que atravesó a raíz de su enfermedad, el alejamiento egoísta de su esposo y la incertidumbre por el futuro de sus hijas cuando ella ya no estuviera. Pese a que creía en su sanación, la muerte la recogió de Paraíso.

—Me dijeron que para curarme necesitaba seis mil soles, y yo no tenía ese dinero, por eso me prometí a mí misma que iba a trabajar con todas mis fuerzas para por lo menos dejarle algo a mis hijas, ¿no?; cercar con ladrillos el terreno que tenemos.

Es la historia de las mujeres de este asentamiento, donde las enfermedades, la pobreza y la indiferencia que ellas y sus hijos enfrentan, sepultan los ánimos, y sin embargo, la esperanza resucita.

* Escritor y abogado.